

## CAITULO XIX.

### Profecías.

- I. Las profecías son oscuras.—II. No se puede estar cierto de ellas.—  
III. Un hombre se adaptó á ciertas vagas tradiciones y presentóse como Dios.

Después de los milagros, las profecías son, según la afirmación de Jesucristo, un testimonio esplendísimo de la verdad cristiana. Y el divino Salvador, que afirmaba que las obras que hacía, esto es, los milagros, daban testimonio de El, aseguraba también que todas las Escrituras hacían mención de El y lo anunciaban. Hé aquí por qué la Iglesia santa las tuvo en grandísimo aprecio siempre, y se valió de ellas en todos los siglos, ya con los pueblos gentiles, á los cuales anunciaba la fé por vez primera, ya con los fieles que habíanla abrazado, para confirmarles mucho más en ella. Desgraciadamente aún las Escrituras debían ser puestas en duda por la incredulidad. ¿De qué modo? Lo vamos á ver.

I. *Las profecías, se dice primeramente, están llenas de oscuridad.* ¿Cómo, pues, venir en conocimiento de cosas oscuras por medio de razones aún más oscuras? Para desvanecer esta dificultad, preguntemos primeramente: ¿son oscuras ántes de que sucedan, ó bien aún después que han sucedido? Si á lo ménos después de cumplirse fuesen claras y notorias, de modo que no pudieran negarse de ningun modo, ¿no bastarían para rendir pleno testimonio á la verdad? Ciertamente sí: veríase entonces que aquéllas palabras que por algun tiempo habian tenido á los espíritus inciertos, contenían una clara significación confrontándolas con el suceso; serían la expresión de una verdad, que habiendo sido además autenticada con profecías, recibiría toda su fuerza. Así, por ejemplo, díjose á la serpiente, des-

pues de la caída de nuestros primeros padres, que la descendencia de la mujer quebrantaría su cabeza: igualmente á Abraham, á Isaac y á Jacob que en su descendencia serían benditas todas las gentes. Ahora bien: supongamos que por lo dicho no se vea clarísimamente aún quiénes son los que han de obrar tan grandes hechos, ni de qué modo deben ser realizados; después que Jesucristo, hijo de María y descendiente de la estirpe de Abraham, de Isaac y de Jacob, vino al mundo y llegó á ser fuente de todo género de bendiciones, aquellas profecías se trasformaron en muy claras é innegables. ¡Cuántos dichos misteriosos y arcanos no repiten diariamente los filósofos, los poetas y los oradores, que no se comprenden cuando se oyen por la vez primera, pero que, relacionados con un hecho, se alcanzan por todos, hasta el punto de no dudar nadie de su significación! Ahora bien: si las profecías fueran también misteriosas de este modo, ¿no probarían igualmente que es divino aquel espíritu que las ha dictado, porque ha podido por medio de ellas indicar hechos futuros, fuera de todo humano conocimiento?

Mas la verdad es que si hay algunas profecías de esta clase, ó sea que se aclaran sólo poniéndolas en parangon con los hechos, hay muchísimas que son tan claras que no pueden dejar de comprenderse por cualquiera que á leerlas se ponga: decir universalmente que las profecías son oscuras, es falso de todo punto. El patriarca Jacob, por ejemplo, afirma que no se logrará la dominación temporal de la tribu de Judá ántes de que venga el que ha de ser mandado. Moisés dice claramente á los judíos que Dios les suscitará un Profeta semejante á él, y que si no lo escuchan, Dios lo vengará. En el salmo cix David habla claramente de un sacerdote según el orden de Melquisedech. El salmo xxi describe largamente todas las penas del divino Salvador, con las circunstancias más menudas. Lo mismo se repite en el cap. lvi de Isaías, y con exactitud tanta, que parecen más bien dos evangelistas que escriben después del hecho, que

dos profetas anunciando sucesos que tardaron muchos siglos en verificarse. Igualmente, ¿qué cosa más clara que la profecía de Miqueas, que determina á Belén como lugar del nacimiento del Mesías? ¿Qué profecía más evidente que la de Daniel, que determina cuatrocientos noventa años ántes el momento de su muerte? ¿Cómo podia referirse más claramente la índole mansa, las virtudes, los prodigios de todas clases que obraría Jesús, de lo que lo hizo Isafas? La venida al templo, que se estaba entónces fabricando, fué escrita por Ageo; la sustitucion del sacrificio de los altares nuestros á las oblacones antiguas, por Malaquías; la resurreccion de Jesucristo, por David; las glorias de la Iglesia santa, por Isafas; y esto para omitir otras innumerables profecías claras, solemnes y auténticas, que hasta los judíos reconocen como referentes al Redentor divino.

Ni diga nadie que, á ser más claras, los judíos las hubiesen reconocido, porque, por el contrario, si los judíos las hubiesen reconocido, no serian ya profecías verdaderas. Aquellas mismas que anunciaban á Jesús, su vida y sus obras divinas, anunciaban tambien que su pueblo no lo reconoceria, y que, como pena, quedaria repudiado y disperso por la tierra, sin templo, sin altar, sin sacerdote, sin sacrificio; que en su lugar entraria el pueblo gentil: que éste reconoceria á Jesús; que llegaría entre las naciones á ser grande el nombre de Dios; que la oblacion de éstas sería limpia, y que formarían el pueblo del Señor. Todas las cuales profecías vemos con grandísimo estupor plena y claramente realizadas. No puede, pues, negarse de modo alguno la validez de la prueba que se saca de las profecías en favor del Cristianismo, bajo el pretexto de la oscuridad.

II. Otros dicen, por el contrario, que, *sea lo que fuere lo que se crea de las profecías, nunca se podrá tener certeza relativamente á ellas*, porque para que haga prueba una, requiérense tres cosas: *que yo sea testigo de la profecía, que lo sea tambien de su cumplimiento, y que se me pruebe que*

*no por casualidad se conformó el efecto con el vaticinio.* Ahora bien: ¿cómo puedo estar yo nunca seguro de todo esto, y cómo sin esta seguridad puedo fiarme de una profecía? Esta objecion, que viene presentada por vários incrédulos como si fuera insoluble, ¿tiene verdaderamente alguna fuerza? No es sino una triple falsedad, gravísima si bien se considera.

Para que yo esté cierto de una profecía, dicen en primer lugar, se requiere *que yo sea testigo de ella*: esto es completamente falso. Porque no es menester absolutamente que yo la haya oido con mis oidos; basta que se me demuestre con pruebas completamente ciertas que se hizo. Ahora bien. En nuestro caso, las profecías que se referian al Redentor eran confirmadas por todo el pueblo judío difundido y desparramado por muchas naciones: estaban escritas en muchos libros, así como traducidas á muchos idiomas diversos; eran conocidas hasta por los gentiles, y esto muchos siglos ántes de que el Redentor apareciera en el mundo. Hé aquí por qué, sin haberlas oido con mis propios oidos, estoy más seguro de que existian que si las hubiese oido.

*Que yo sea testigo de su cumplimiento*: esta es una segunda solemnísimas falsedad; porque dicha realizacion es un hecho, y los hechos me pueden constar por mil pruebas como indudables del todo, sin que los haya visto con mis ojos, á ménos que no queramos negar todos los hechos de la historia antigua y moderna, en los cuales no hayamos intervenido con nuestra presencia. Y en el caso especial de los hechos que se refieren al Redentor divino, no sólo tenemos las historias sagradas y las profanas, diez y ocho siglos de testimonios, y toda clase de monumentos que nos dan fé de cuanto á ellas corresponde, sino que aún en nuestros días quedan en pié las pruebas parlantes de que estuvo en la tierra, de que obró, de que fundó una Iglesia, de que la dió leyes, de que instituyó ritos, de que estableció una religion con sacrificios, Sacramentos y prácticas especiales del culto divino. Hé aquí por qué no hay necesidad alguna de haber visto

con los ojos aquello de que subsisten pruebas tan patentes; como no es necesario para creer que existe América, haberla visto materialmente, toda vez que poseemos innumerables demostraciones de su existencia.

Es falso, finalmente, que no se puede conocer *si la realizacion de las profecias es obra de la casualidad, ó de una sabiduria prövida que las haya dispuesto*, porque se conoce, por el contrario, muy bien que la casualidad no puede proceder cuerda-mente y combinar tantas profecias tan diferentes como las relativas al Redentor, con todas las circunstancias de su tiempo, venida, nacimiento, infancia, juventud, milagros, vida, muerte, resurreccion, establecimiento de la Iglesia, y otras semejantes. Una casualidad que obrase tan juiciosamente, sería infinitamente más maravillosa que cualquier profecía, por extraordinaria que se suponga.

Hasta tal punto es imposible, por otra parte, que por casualidad se hayan realizado las profecias, que muchas de éstas no podian realizarse sino por una virtud completamente superior á la natural, esto es, milagrosa: los milagros son obra de la omnipotencia divina. Profetizar sucesos que no pueden verificarse sin milagro, equivale á decir que concurrirá Dios á su tiempo con su omnipotencia para sostener lo que vaticina el profeta, esto es, que la obra del hombre se unirá con la de Dios: si la profecía fuera una pura invencion del hombre, vale tanto como decir que Dios á su tiempo, á fin de darle valor, se hará cómplice de la humana perversidad. Y sin embargo, es indudable que las profecias de que hablamos contienen la prediccion de muchos sucesos milagrosos, como son que Jesus habia de nacer de Madre vírgen; que daria vista á los ciegos, habla á los mudos, sanidad á los mutilados, y salud á los enfermos; que pasaria de la muerte á la vida por virtud propia; que ascenderia á los cielos, y así sucesivamente. La casualidad no podia producir todos estos sucesos, ni tampoco la naturaleza, por tratarse de obras que superan las

fuerzas de la una y de la otra: resulta límpido que como únicamente Dios podia saber lo que habia determinado libremente, sólo El podia inspirar á los Profetas mucho tiempo ántes lo que habia determinado. Tenemos, pues, que la dificultad propuesta con tanta pompa no es sino un sofisma que sólo puede sorprender á las inteligencias más vulgares.

III. Dicen otros, finalmente. «Un hombre de Galilea, habiendo notado que el pueblo judío, segun ciertas tradiciones populares, aguardaba un libertador, se presentó él mismo como tal, y reuniendo algunas de aquellas condiciones que segun dichas inteligencias vulgares debian acompañar al por quien suspiraban, obtuvo fama, y engañó á un pueblo siempre ansioso desacadir el yugo de la dominacion extranjera. Hé aquí toda la fuerza del argumento sacado de las profecias en favor del Cristianismo.» Así dicen. Verdaderamente se necesita toda la impiedad del siglo pasado para salir con semejante explicacion, y toda la ligereza del presente para aceptarla.

Habia *ciertas tradiciones populares* que prometian un futuro libertador. ¿Quién habia formado estas tradiciones? ¿Cómo se habia despertado tal expectacion? ¿Cómo habia tomado incremento ampliamente, hasta el punto de llenar toda la Judea? ¿Cómo se habia esparcido entre los gentiles de modo que los historiadores griegos y romanos la conocian? ¿Cómo la cantaban los poetas del tiempo de Augusto, en la misma Roma, aplicándola por adulacion, ora á uno, ora á otro de los Césares? ¿No debia tener algun fundamento un efecto tan universal y solemne? ¿Sería extraño que dijésemos que habia verdaderamente profecias?

— ¿Y cómo negarlas, si el pueblo judío tenía libros en los cuales estaba descrita proféticamente toda la vida del futuro libertador, y si estos libros eran conocidos de los gentiles y estaban publicados ya en griego algunos centenares de años ántes de que aquél apareciese? ¿Cómo negar, vuelvo á preguntarlo, que hubiese profecias?

— Jesucristo *las aplicó á sí propio sin que le per-*

*teneciesen*, añaden. Es maravillosa esta invencion. Si se las aplicó, existian; si existian, á alguno debian corresponder, y hasta hoy nose sabe que, fuera de El, se hayan realizado en otro alguno. Y luégo tan imposible es que otros se las aplicasen á sí por fraude, como que los hombres tengan accion ántes de existir. Dicen estas profecías, como hemos indicado, el pueblo, la tribu, la familia de que naceria, su patria y su madre, la huida que debería realizar de niño á Egipto, el modo con que le perseguirían, la muerte que padecería, su resurreccion, la fundacion de su Iglesia, las luchas y victorias de ésta. Dígasenos, por gracia: ¿cómo podia un hombre hacer que se realizáran en sí todas aquellas circunstancias que no dependian evidentemente de su voluntad? ¿Cómo plegar y traer todas las voluntades á conspirar con la suya? Estaba vaticinado que nacería en Belén, de la familia de David, y que moriría en la semana determinada por Daniel, en el fin del reino de Judá anunciado por Jacob. ¿Cómo, pues, ántes de nacer pudo un hombre ordenar de tal modo las predicciones á su persona, ó su persona á las predicciones, que coincidiesen con la mayor exactitud? ¿Cómo lo hizo siendo muy niño para combinar la persecucion de Herodes, á fin de tener que huir á Egipto, segun la profecía? ¿Cómo inspirar á sus enemigos la idea de que le dieran muerte, y muerte de Cruz, con todas las circunstancias de los insultos, de la hiel, de la reparticion de sus vestiduras y del sorteo de éstas, como las profecías exigian? Tenemos la vida de Jesus escrita por los Profetas tantos siglos ántes, y con tanta minuciosidad, que más parece una historia narrada despues del hecho, que una prediccion de lo futuro; la tenemos tan auténtica, que no la pueden negar los judíos mismos, acérrimos enemigos de Jesus: ¿pudo también éste fingir y demostrar verificadas en sí aquellas circunstancias que no estaban en su mano, porque dependian de la libre voluntad de hombres que pensaban de muy diverso modo y tenían intereses muy encontrados? Ciertamente no podrá negar que tiene una fé muy robusta quien con va-

lor se sienta para admitir tales absurdos: nosotros los católicos, áun cuando somos tachados de credulos en demasía, nos sentimos sin fuerza para creerlos.

Ménos extraños eran los idólatras, los cuales, al oír recitar las antiguas profecías, y al ver se les demostraba que se habian verificado precisamente en la persona de Jesucristo, decian que las habíamos inventado despues del hecho, porque correspondian demasiado exactamente al suceso; mas nosotros, que no podemos poner en duda su anterioridad por el testimonio que dan los judíos, acérrimos enemigos de Jesus, y por el testimonio de los filósofos gentiles, los cuales le conocian ántes de su muerte, no pudiendo recurrir al expediente de negarlo, no podemos desconocer su autoridad, si veremos que nuestras acciones sean razonables.

Si las profecías tienen la importancia que todos ven, ¡cuán segura es, por tanto, aquella fé que puede aducir tantas y tan solemnes en su favor!